

FÉLIX PACHECO



ie de Alba
2-1

ERSOS DE PIEDRAHITA

"Ese vate castellano
que es de Castilla la Vieja
del Olimpo numen blanco
aunque firme Peñanegra"

Agapito Rodríguez Sánchez
(Presbítero)

☆☆☆

"Una sola composición basta y sobra
para inmortalizar a un poeta... Bástele
saber que su doña Isabel a más de ser
antológica ha producido en mí muy
honda emoción".

El Caballero del Arco Mariscal
(Poeta)

☆☆☆

"Corazón y sentir que tanto rebosa en
su bella poesía".

Santiago de Santiago
(Escultor)

☆☆☆

"¿Qué decir del poeta que modela flo-
res? ¿Qué decir del orfebre que com-
pone versos?"

Juan Grande Martín
(Escritor)

☆☆☆

"F. Peñanegra canta con versos claros
como los chorros de la fuentes serra-
nas".

Blas López Pérez
(Poeta)

☆☆☆

"F. Peñanegra, magnífico orfebre tanto
de piezas matácas como literarias"

Luis López Prieto
(Escritor)

☆☆☆

"Peñanegra: cantor de la tierra del
Corneja, vate de Piedrahíta".

Rafael Gómez Montero
(Periodista)

☆☆☆

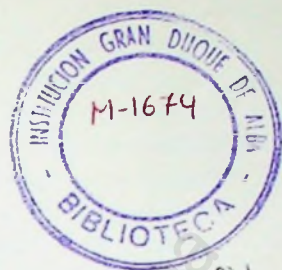
"Peñanegra, llegando con sus versos
directo y profundo al corazón de quie-
nes escuchábamos"

Revista de la Escuela Oficial de
Periodismo (Madrid)



Institución Gran Duque de Alba

FÉLIX PACHECO



781

VERSOS DE PIEDRAHITA



Excmo. Ayuntamiento de Piedrahíta



ELIX PACHICO

PIEDRAHITA

Institución Gran Duque de Alba

Edita: Excmo. Ayuntamiento de Piedrahita

Ilustraciones: José Antonio Elvira

Imprime: DIARIO DE AVILA, S.A.

Carretera Avila-Valladolid, Km. 0,8

05004 AVILA

I.S.B.N.: 84-86930-21-9

Depósito Legal: AV. 98-1989

SUMARIO

	<i><u>Págs.</u></i>
Sin prólogo ajeno	7
Mi Piedrahita	11
Peñanegra	13
Plazuela de Alcacerías	14
Plaza Mayor	16
Piedrahita en derredor	17
A la Virgen de la Vega	20
Fiesta de la Vega	21
A don José Somoza	23
Al torreón del palacio	25
A don Benedicto Sánchez Fuentes	26
A la torre que fue del convento de Santo Domingo	28
La Almohalla	31
Doña Isabel	32
Navaescorial	34
Al palacio de los duques de Alba	35
A don Agapito Rodríguez	37
Don Agapito ha muerto... ..	38
Plazuela de las Monjas	41
Al cerro de la Cruz	42
A la iglesia de Bonilla	45
Tío Gonzalo	47
Goya	50
Nuestra plaza de toros	51

	<u>Págs.</u>
Matilde	53
Cuando te cubre la nieve.....	54
Pesquera	56
Navancuerda	59
En tus cuadros está... ..	62
A Gabriel y Galán	63
Operación Piedrahíta	64
Santa María del Berrocal.....	65
Viejos de mi tierra	67
A Marcial Jesús López Moreno	73
Demetrio	75
Al castillo de El Mirón	76
Díaz Castilla.....	78
Ya no rima tanto... ..	79

SIN PROLOGO AJENO

Amable lector. Sin duda echarás en falta, en este pequeño libro, el pórtico habitual de un prólogo brillante debido a alguna pluma de prestigio. No me hubiera resultado demasiado difícil conseguirlo. Su calidad literaria te compensaría del escaso valor de mis versos. Pero, como le sucediera al entrañable escritor y filósofo bejarano José María Blázquez de Pedro, yo también rechazo las consecuentes acostumbradas alabanzas del prologuista de turno, a todas luces, en la mayoría de las veces inmerecidas. Buscar prologuista lo consideraré siempre algo así como buscarse abuela.

Me quiero presentar tal como soy, a pecho descubierto, sin más alabanzas ni desmedidos elogios para mis versos que los que, espontáneamente, pudiera merecer por escribirlos. Sencillamente, son un puñado de composiciones dedicadas a Piedrahíta, pueblo que me vio nacer y para el que pretendiera y deseara todo lo mejor del mundo. ¡Lástima que para tantos merecimientos sólo pude ofrecerle unas pobres composiciones poéticas!

Con su publicación pretendo reunir en un pequeño volumen, junto con algunos inéditos, cuantos versos tenía desperdigados al correr de los años por diferentes publicaciones —muchos bajo el pseudónimo de F. Peña-negra—, por si así, apiñados y reunidos, pudieran permanecer sin que tan fácilmente se pierdan para siempre, aventados por el discurrir y el olvido del tiempo.

*Mis versos son sencillos,
son flores sin esencia...*

En ellos, a falta de meritoria inspiración y con escasos conocimientos de métrica y poética, podrás encontrar, eso sí, el amor profundo a su pue-

blo del corazón que los ha dictado, amor ciertamente apasionado, pero nunca suficientemente desmedido como, en el fondo, nos sucede a todos los piedrahitenses, aunque después no hagamos demasiadas cosas por demostrarlo.

En mi caso, pequeña importancia podemos conceder a un libro de versos, máxime cuando en Piedrahíta se reúne un compendio tal de encantos y belleza que resulta demasiado sencillo inspirarse y componerlos.

*Esencia de heno y romero
que abunda en sus cercanías,
enajena al forastero
y satura de poesía...*

Esto sí podemos perfectamente asegurarlo, porque Piedrahíta toda es un amplísimo vergel. Apenas descendes Villatoro y quedan salvadas las últimas ondulaciones de su puerto, llegando a El Lavadero nos encontramos con la sorprendente maravilla y el verdor exuberante de una vegetación salvaje que, de forma espontánea, lo inunda e invade todo. Aquí se inicia la entrada al valle del Corneja, anunciado por la presencia del río del mismo nombre, y en el que Piedrahíta es cabeza principal, su soberana y reina. La belleza única de sus alrededores, la frondosidad de su arbolado, la edénica poesía de sus praderas, la atracción de su sierra y sus gargantas por las que discurre un agua cristalina, la quietud encantadora y cautivadora que la circunda, la luminosidad de su horizonte azul, impóluto, enmarcado por las crestas serranas de El Mirón, Santiago, Peñanegra... Todo nos viene a sumergir en el ensueño paradisíaco que ofrece Piedrahíta. Dice un acertado eslogan, no suficientemente difundido: «Piedrahíta no necesita eslogan..., ¡basta con visitarla!».

Y es que es así de sencillo, con sólo llegar y conocerla será más que suficiente para amarla. Y cuando se posee una mínima fibra de sensibilidad para cantarla..., «Tacita de plata», «Perla del valle del Corneja», «Suiza española»... Piropos y halagos innumerables que tantos poetas y escritores le dedicaron a través de los tiempos con todo merecimiento, sin duda. Su paisaje, su ambiente y el clima delicioso en el estío hacen de Piedrahíta el lugar ideal para disfrutar y descansar.

Si nos adentramos en su plaza mayor, verdadero corazón de la villa, nos invadirá una sensación de felicidad y bienestar que resulta muy difícil encontrar en otra parte, sumergiéndonos en el placer y encanto de un dejar discurrir el tiempo sin apenas darnos cuenta de las horas que pasan.

*Si te decides a entrar
será tan feliz tu estancia
que, doble contra sencillo,
¡volverás a visitarla!...*

Piedrahíta posee, además, muchos otros valores: hospitalarios, filantrópicos, liberales, religiosos, lingüísticos..., no en balde es aquí donde se nos reconoce como uno de los lugares que con más clasicismo se habla el castellano. Temas y motivos inagotables para que un poeta los cante o un escritor los describa.

No habré de seguir, sino hacer punto final a este pórtico para mi libro, pues de continuar por el camino de las alabanzas podría resultar insopor- table e interminable, sin que por ello faltase a la realidad ni que abusase, más bien porque, como nos dice en un bello soneto don Eugenio Gómez Pereira: «Cantar sus virtudes pareciera / el favor que a la madre se le hiciera / y no de la verdad su imperativo...».

Piedrahíta es así, tal como la amamos y sentimos los piedrahitenses y tantísimas personas que nos llegaron de fuera; tal como torpemente la describo en las composiciones poéticas que puedes leer seguidamente y con las que quiero dar testimonio fidedigno de la verdad, sencilla y llana. Son los versos que dedico a Piedrahíta como uno más de sus hijos que tan profundamente la quiere y en los que, únicamente, puse todo el calor de mi corazón apasionado. No busquéis, no encontraréis, otro valor en ellos.



Institución Gran Duque de Alba

MI PIEDRAHITA

Dominando la riqueza de su valle,
en su fauna y su flora ensimismada,
serena ante el galope de los siglos,
señorial, acogedora, regalada,
frente al Cerro de la Cruz, de luenga historia,
en la falda de la sierra aposentada,
añorando sus grandezas,
evocando de epopeyas legandarias
la bravura de sus hijos,
la nobleza de sus pechos y prestancia...

¡Piedrahíta, Piedrahíta!
¡Pueblo mío de mi alma!

Su dulzura de otros tiempos le subsiste,
la clara esquisitez de su fragancia
es la misma esquisitez que, atrás los años,
atrás el vicio y la miasma,
le atrajera enamorados soñadores,
adalides, grandes pintores y monarcas
que llegaron a cargarla de influencia
y rendirle pleitesía... Habla
de ella Cervantes, y Somoza
sus versos le ofrece con Quintana...

Sus jardines son bellos como antaño
—velados hoy a las miradas—,
como antaño son bellas sus costumbres,

es bella como entonces su arrogancia
y siguen siendo bellas sus mujeres,
y bella toda en sí, como la fama,
cual esa quietud hecha de piedra
que en su recinto añejo se atenaza,
el suave atardecer de su campiña,
el gracil discurrir de sus fontanas,
la luz transparente de su cielo,
la plácida dulzura de sus auras
que invitan a soñar,
que nos embriagan,
que cautivan y en ardorosas redes
al forastero prenden que llegara...

¡La villa hospitalaria del Corneja!
¡La tierra del ducado de los Alba!
¡El pueblo que ensalzaran mil poetas!
¡La cuna de guerreros y de majas!

El palacio del duque, en lo más alto,
la ermita de la Vega en la esplanada
y en medio, el pueblo de vivir tranquilo
que muy celoso guarda
la riqueza sin par de su pasado
que al correr de los tiempos se agiganta...

¡Piedrahíta, Piedrahíta!
¡Pueblo mío de mi alma!

Yo quisiera que los dioses y las musas
—mientras vuelan alocadas las campanas
anunciando días de fiesta—
en tu loor y tu grandeza me inspiraran,
ofreciéndote el mejor de los poemas,
lo mejor de la mejor de las tonadas
—cual lo hicieran tantos hijos predilectos—
añadiendo a tu corona una migaja,
derramando mi fanático cariño
que te quiere cantar,
y no te canta...

PEÑANEGRA

Atalaya de piedra renegrida
que altiva, majestuosa y arrogante,
erguida de la sierra, dominante,
a plácidos deleites nos convida.

Centinela en las noches, aterida,
con garduñas y algún lobo ululante,
de trochas y cañadas, y ondulante
sinuosa carretera carcomida.

Si no fuera por Gredos que, cercano,
es de riscos y cimas soberano,
su fama y altitud no fuera vana.

Pues con todo y con eso, del Corneja
—este valle que a nada se asemeja—,
Peñanegra, sin duda, es soberana...

PLAZUELA DE ALCACERIAS

Plazuela de Alcacerías.
Viejo pilón en el centro
de artesana cantería,
con cuatro chorros cantores,
cuatro dagas cantarinas,
cuatro suspiros de noche
cuando la noche suspira.

El silencio y el encanto
de las callejas vecinas
siguen soñando viajeros
que se turnen y se digan
pensamientos al amor
mientras la luna vigila.

Rincón típico, plazuela
de cien idas y venidas,
con portales castellanos
de columnas retorcidas
de madera, que no pueden
con las viviendas encima.

Ya no vienen a por agua
con cántaros ni vasijas,
ni hay novios acompañantes,
ni mujeres parlanchinas,

ni jóvenes rondadores
de aguadoras jovencitas,
que se tiene el agua en casa
y el cántaro no peligra...

¡Ay, plazuela piedrahitense
del barrio de «Alcaicerías»!

De tu pasado moruno
—lonja de mercaderías—
vencida la media luna
que lejos quedó vencida,
castellanizado el nombre
y sin la «i» pequeña
fuiste, hasta no hace mucho,
un piropo a Piedrahíta.

Después, con el gris cemento
funcional que nos domina,
vas quedando sin tu hechizo,
cuesta abajo, malherida,
—hoy pierdes una fachada,
ayer una vieja esquina—
y sin parar a pensar
en tantas cosas bonitas
que conservar no supimos,
que se acaban y se olvidan
un poco culpa de todos,
te muestras desconocida...

PLAZA MAYOR

Es la plaza con porches de Piedrahíta
y su añoso arbolado, alto, fornido,
una plaza tan bella de colorido
que cautiva al extraño que la visita.

Un pilón en el centro donde gravita
de los años el peso del tiempo ido,
un pedazo de sierra casi escondido,
una iglesia vetusta sin torrecita.

Es tan bella esta plaza, tan primorosa,
tan alegre y bonita, limpia y hermosa,
que quien venga y la viere se irá prendado.

Pues su porte es tal porte de regia traza
que son pocas las plazas como esta plaza
sin que peque, al decirlo, de exagerado.

PIEDRAHITA EN DERREDOR

Desde el Cerro de la Cruz
—suave pico en la montaña—,
con Casas de Sebastián
escondidas, recordadas,
—sin que en modo alguno olvide
al anejo de La Almohalla—,
un círculo alrededor
trazaremos. Ponte en marcha.

La carretera de Béjar
se bifurca a Salamanca;
camino de verdes chopos,
verdes prados, valle en calma,
cielo azul y transparente
que sus iris nos irradia.
Ermita de la Patrona
en el valle, junto al agua
del río que casi no es río
del Corneja, entre las gavias
—albufera piedrahitense—,
con los patos en bandadas.

Fuente de los Huevos Hueros,
con la tejera apagada
y las Casas de las Fieras
donde no hay fieras que valgan.

Pradera del Berrocal,
cerca de El Soto que guarda
el estudio del pintor...

Linares los de Las Navas
que van a Los Magdalenos
dándole vuelta a las tapias
del antiguo cementerio,
con sus piedras milenarias.

Muy cerca queda Pesquera
y más cerca La Cañada.

Puente de las Azucenas
del río Peñuelas, que pasa
soñando lluvias y riegos
inmerso en desesperanza.

El Teso, la Fuente Nueva
que es poca fuente o es nada,
Los Mártires, puente romano,
cruz de piedra levantada
entre dos viejos ventorros
y Santiago en la distancia.

La mente sigue soñando
caminos en la nostalgia,
con los prados de las viñas
que son testigos en calma
de alegres vendimiadoras
para goyescas estampas.

Poza de los Estudiantes
donde en canchales aguanta
—puliendo la dura piedra—
el veloz paso del agua.
Silletita de la Reina,
Barrio Nuevo, La Rondana.

¿No pasas a Piedrahíta?
estás tocando sus casas

y las puertas de la villa
señorial y milenaria
están abiertas, pendientes
a que quieras franquearlas.

Si te decides a hacerlo
será tan feliz tu estancia,
te agradará tanto estar
de su plaza en las terrazas,
pasear los soportales
y embriagarte en la fragancia
y el encanto de sus noches
veraniegas y su calma
que, doble contra sencillo,
¡volverás a visitarla!...

A LA VIRGEN DE LA VEGA

¿Qué he podido hacer yo, dulce Pastora,
qué delito, qué falta he cometido
pues me dejas marchar embravecido
por un mar que no es mar y sin aurora?

No me habrás de culpar si en esta hora
de tu voz al redil no he acudido,
si yo, pobre mortal, qué habría podido
sin permitirlo tú, Dueña y Señora.

Pueda ser, en verdad, que más te quiera;
pueda ser, sin llevarte en colgadura,
que pendida te lleve, a mi manera.

Pues del torpe marchar en la locura
y del grave dudar que desespera
busco luz..., y la noche sigue oscura.

FIESTA DE LA VEGA

Piedrahíta, Piedrahíta,
bello lugar abulense,
en tu valle hay una ermita
y en ella una virgencita,
la más dulce piedrahitense.

Hoy todo es luz y alegría,
grato perfume y azahar,
pues con gran algarabía
la antañaza romería
se programa celebrar.

Y vendrán en caravana
de su valle en procesión,
donde brota la fontana
y es el agua pura y sana,
y es más puro el corazón.

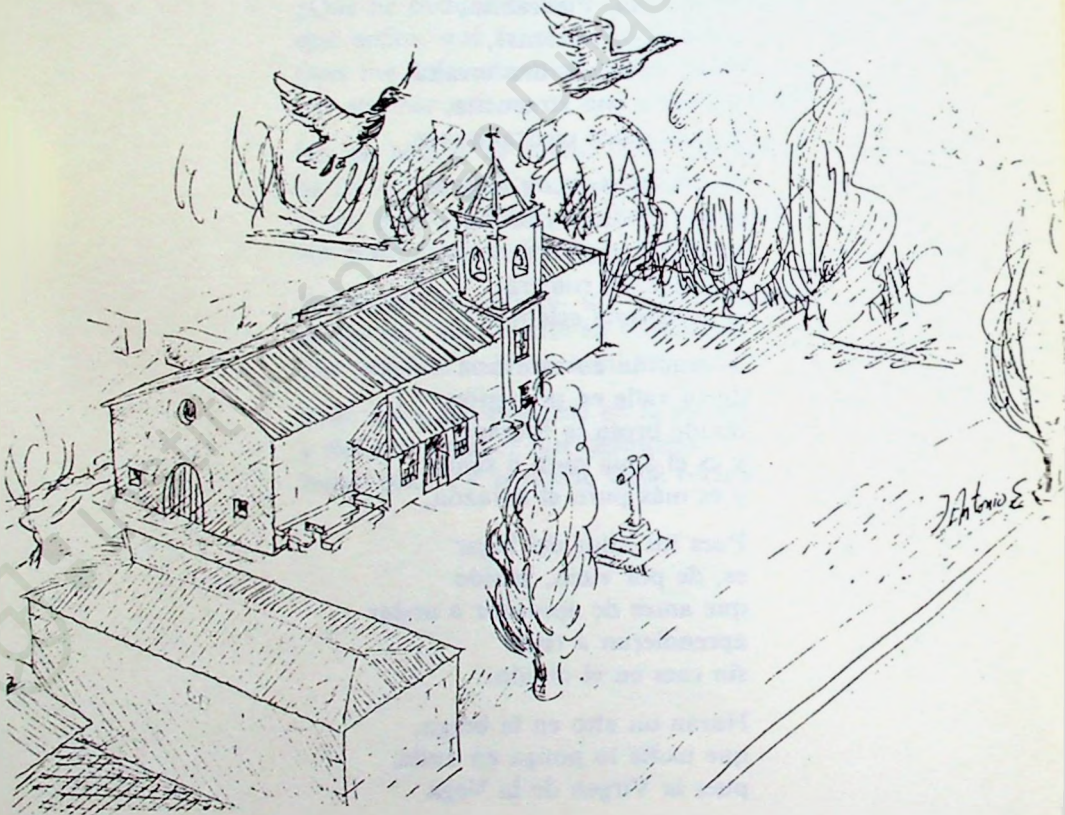
Pues los hijos del lugar
es, de por viejo, sabido
que antes de aprender a andar
aprendieron a rezar
sin caer en el olvido.

Harán un alto en la brega,
que nadie lo ponga en duda,
pues la Virgen de la Vega

por quintal les dio fanega
si la pidieron ayuda.

Por la mañana, la ofrenda
de la misa y procesión,
cual emotiva prebenda,
y por la tarde merienda
entre baile y diversión.

Así una vez y otra vez,
igual antaño que hogaño,
¡fiesta de Pentecostés!,
que quien piedrahitense es,
es romero cada año...



A DON JOSE SOMOZA

*Soneto escrito con anterioridad a la colocación de la lá-
pida actual que figura en su tumba, colocada y costeada
por la «Asociación de Amigos de Somoza».*

Hijo ilustre de la ilustre villa,
que de gloria cargado y de laureles
colmaste a Piedrahíta de oropeles:
perdónale a tu pueblo que te humilla.

He visto tu tumba, tan sencilla,
casi ruinosa, ¡ay!, torpes babeles,
sin luces, ni rosas, ni claveles,
y sin Lesbia que llega y se arrodilla.

¿Acaso Piedrahíta te ha olvidado
literato y poeta esclarecido?

¿El polvo de tu nombre se ha aventado?

¡No, no puedo creer tal sucedido!
A lo sumo, mi pueblo idolatrado
un momento tan sólo se ha dormido...



AL TORREON DEL PALACIO

Ruinoso torreón de cuatro esquinas
do la cigüeña aposentara el nido,
por Gabriel y Galán que lo ha querido,
inmortal al Olimpo te encaminas.

De las musas envidia y clavellinas
pues al vate inspiraste preferido,
un señor muy señor me has parecido
de la tarde a la luz cuando declinas.

Y quisiera ofrendar a tal grandeza,
a tu mucho valer y tu abolengo,
de los lauros la miel y la riqueza.

¿Que un soneto es muy poco?... Lo convengo,
mas te doy cuanto llevo en la cabeza
y ¡no puedo dar más de lo que tengo!

¡Ay, amado torreón —mi verso aparte—
si estuviera en mis manos restaurarte!...

A DON BENEDICTO SANCHEZ FUENTES

Leído en el banquete homenaje que Piedrahíta le ofreció al cesar en nuestro Juzgado de Instrucción para pasar al de Jerez de la Frontera. Tiene dedicada una de nuestras calles, con el nombre de «El Buen Juez».

«A buen juez, mejor testigo»,
y a buen pueblo, mejor juez.
Si esto hallamos en usted
por qué perderlo, me digo.
¿Qué razón o qué castigo
nos lleva a considerar
que es preciso caminar
y seguir a Andalucía
cuando aquí se le quería,
como lo ve, de verdad?

Mas si marchar necesita
como bien nos presumimos,
nosotros le despedimos
en nombre de Piedrahíta,
y aunque en la tierra bendita,
del buen vino la solera,
como aquí se le quisiera
por tenerlo merecido,
de esta villa la bandera
no arrincone en el olvido.

Pues ella se le entregó
y de tal modo rendida,
que hoy lamenta su partida
con todo su corazón.
¡Pero la vida es la vida,
que mil sinsabores tiene!
Mas no quiero que disuene
de mi despedida en pos.
No le decimos adiós
sino, ¡hasta siempre, don Bene!...

A LA TORRE QUE FUE DEL CONVENTO DE SANTO DOMINGO

¿Qué fue de ti, torrecita,
qué fue de tu gracil planta?

Estrecha como un silbido,
altiva cual espigada
que te alzaste dominante
y con ángeles soñabas.

Un gran nido de cigüeñas
te era fiel y acompañaba
—cuántos amores tejidos
en celosa vigilancia—.

¿Qué fue de tu recia piedra,
qué ha sido de tus campanas,
qué ha sido de la veleta
que en tu cénit columpiabas?

Piedrahíta a tu regazo
más tranquila dormitaba,
eras girón de su historia,
de sus grandezas pasadas,
cuando la villa fue sede
de bravos duques y majas.

Al marchar eras el último adiós,
el primer saludo eras si llegabas.

Torre de agosto convento
que dominicos moraran,
a tu puertas, cuantas veces
los mendigos se pararan
con polvo de cien caminos,
con hambre negra, atrasada.
Al cruzarte de Pesquera
las viejas se santiguaban.

¿A cuántos diste cobijo
y ayuda que regalabas?

Después, al correr del tiempo
que todo trastoca y cambia,
en torre de cementerio
quedó tu torre monástica.

Y caíste, para siempre,
te perdiste, derrumbada.

Fue una noche, ya hace años,
el viento fiero bramaba,
a la cumbre de la sierra
cubriéronla nubes bajas
mientras los robles del monte
el cierzo zarandeaba.

Ya no era viento..., ¡huracán!,
siguió creciendo..., ¡bramaba!
Cogió la torre de plano
que aún, altiva, se esforzaba
en sostenerse, y ¡las ruinas del convento
perdieron su torre amada!

Fue un instante, el mismo instante
que a ningún mortal nos falta.

¿Por qué dejaste que el viento,
torrecita, te truncara,
acaso no hayas querido
sobrevivir la desgracia

de ver tu convento en ruinas
y sentirte solitaria?

Torre de agosto convento
que dominicos moraran,
símbolo de viejos tiempos
y tantas glorias lejanas...

Algo falta a Piedrahíta
y ¿eres tú, fina espadaña!...

LA ALMOHALLA

En plena roca e innúmeros canchales
de piedra berroqueña oscurecida,
un anejo, un núcleo, una querida
conjunción de casas y eriales.

Por garganta de efímeros caudales
que bajaron del cerro abastecida
una fuente, un puente y, enseguida
la ermita, tan pequeña, y pastizales.

Así es La Almohalla, leal y pintoresca,
anejo muy distante de la villa,
mas cerca del corazón en la floresta.

Su entorno natural, gleba y arcilla,
tras verde robledal de sombra fresca,
nos llega a cautivar y maravilla...

DOÑA ISABEL

A doña Isabel Blanco, maestra de párvulos, ya fallecida, al cumplir 86 años.

Su paso es muy torpe
y ya la memoria,
tan fiel otras veces,
le suele gastar muchas bromas.

Le tiemblan las manos,
su voz argentina de moza
trocese tan débil
que a veces se pierde en la boca.

Por siempre está en casa,
en la calle el aire no azota
su rostro marchito
cargado de arrugas y sombras.

Un pañuelo negro, que anuda en el cuello,
le sirve de toca
y el negro breviario
de amarillas hojas
que mantiene cerca,
ya nunca deshoja.

Se sienta en su silla
de muy bajo asiento y coja,

y con un rosario de cuentas de nacar,
con alguna rota,
del lento camino
le pasan las horas...

Cuán lejos los tiempos
en que, gota a gota,
derramaba su vida fecunda
en la noble labor pedagógica,
con sabias lecciones y risas, y juegos,
llantos y zozobras,
porque siendo maestra de párvulos
se goza y se sufre, se ríe y se llora.

¡Cuántos pajarillos tuvo a su cuidado,
traviesos jilgueros y alegres alondras...!
Y con qué maternales desvelos
y cuánta paciencia, dulce y bondadosa,
fue alumbrando las mentes pueriles
con claras antorchas,
enseñando el batir de unas alas
que su vuelo aprendieron gozosas.
Para que, llegado el final de la vida,
se nos haya quedado tan sola.

¿Dónde están los alumnos queridos
de los que ella fue madre amorosa
y a su lado a vivir aprendieron
de la escuela vetusta a la sombra?

¿Dónde están que no vienen a verla
las de ayer avecillas ruidosas?
Con el tiempo, al correr por el mundo,
se embotaron también las memorias.

Yo que la recuerdo, la envío,
con estas estrofas,
el cariño profundo y sincero
que de mi corazón se desborda,
por la buena y sufrida maestra
de mi infancia perdida y remota...

NAVAESCURIAL

Para Santiago de Santiago

Esta tierra, Santiago, que ha tenido
la fortuna y la dicha de nacerte;
este bello paisaje, bravo y fuerte,
patear de tu infancia y recorrido.

Este viento que silba enfurecido
y es caricia, a la vez, por complacerte;
este quererte agasajar y querer verte
por los hados y genios preferido,
grande cariño es, no por callado
menos cierto y sincero; soy testigo
que en Castilla el amor no es pregonado.

Si el arte te encumbró, paisano amigo,
y del triunfo la miel has cosechado,
tu pueblo fue feliz y está contigo...

AL PALACIO DE LOS DUQUES DE ALBA

Oh, morada de feudales señorones
que a mi pueblo, en el pasado, gobernarán.

Oh palacio de granítica estructura
que te elevas hacia el cielo, que le hablas,
que dominas la ribera del Corneja
y te duermes al murmullo de sus aguas,
que conversas por la noche con Los Mártires,
con el monte de la Jura en la montaña,
que, inspirando a los pastores de estas tierras,
diste luz a sus tonadas...

Cómo brillan las pizarras de tu techo,
cómo luce la esbeltez de tus ventanas
y presumes, orgulloso, de tus piedras
sin duda por genios cinceladas,
que si al tacto son suave terciopelo
en su ajuste y aristas nos encantan.

Gran palacio del temible don Fernando,
con tu viejo torreón y patio de armas
y tu frente central, todo de piedra,
versallesco, magnífico, en que estaba
tu valioso mascarón de rico bronce
por cuya boca reventaba el agua,
con tu puente de las Azucenas

—lección de arquitectura inexplicada—
y el recio murallón bordeando el río
de las Peñuelas, en la garganta
que la naturaleza formó por su capricho
y que a propios y extraños nos encanta,
con tu bello esquinazo, cara al cerro
de la Cruz, que asombra o maravilla
desde el puente romano contemplada...

¡Gran palacio, residencia
de la bella duquesa Cayetana!

Salvado de las ruinas en que el fuego
de la guerra francesa te dejara,
tus amplios pasillos y salones,
que supieron de pinceles y de armas,
recobraron sentido del momento,
entregados de lleno a la enseñanza.

Yo bien sé cuán pequeño es un poema
a cantar tu historia y tu arrogancia
y rimar el pasado esplendoroso
al encanto y embrujo de tus galas.

Yo bien sé qué pequeño es un poema,
¡gran palacio de piedra de los Alba!...

A DON AGAPITO RODRIGUEZ

*Con motivo de su despedida como párroco y ausencia
de Piedrahíta.*

Este verso quisiera no leerlo,
ni estas frases decir de despedida.
¿Quién habla de partir? Grande es la herida
y grande es el dolor por entenderlo.

Tanto queda que hacer, que podéis verlo
y tocarlo, apilado, en tal medida
que fuera de empezar, no de partida
esta hora que llega sin deberlo.

Es tanto tiempo atrás el recorrido
y tanto el quehacer desparramado
que no queda lugar para el olvido.

Si acaso el corazón se os ha cansado,
qué mérito mayor habrá cabido
si todo alrededor está apenado...

DON AGAPITO HA MUERTO...

Qué triste amaneció la madrugada.
Chispeaba la nieve por el cielo,
y en el monte y el valle, tan cercanos
y cantados por él, soplaban el cierzo.

Una voz por el aire, inesperada,
me angustió: ¡don Agapito ha muerto!
Como un mazazo fue, como un mazazo
que nos viene a sumir en desaliento.

Y en la tarde extremeña y despejada,
tibia de sol y de tempero
—ay, mi dura Castilla castellana—
le fuimos a enterrar para el silencio.

Nunca más volverá por Piedrahíta,
a nuestro clima recio,
ni en el valle o la sierra paseando
le hallaremos,
soñando feliz, o cavilando
desalientos...

Su cuerpo queda allí, frío e inmóvil,
y su quehacer aquí, ya todo nuestro,
que ofrendó a Piedrahíta una existencia
plena de lucideces y de aciertos,
y de errores también —¿quién no los tiene?—
o ¿puede asegurar no cometerlos?

Y gozó y lloró junto a nosotros
toda una vida entera, y pienso
que si azares de la vida le alejaron,
no se ausentó jamás aunque viviera lejos.

Para su Piedrahita tuvo siempre
sitio en el corazón y en el recuerdo,
llevándola en el alma, tan presente
que sus versos
siguieron rimando, apasionados,
más sentires serranos que extremeños.

Yo que soy piedrahitense estoy llorando,
¡que a veces por llorar no me avergüenzo!



Antonio E

PLAZUELA DE LAS MONJAS

Plazuela de las Monjas, donde he nacido...
En lo alto la torre con dos campanas
que repican a misa por las mañanas
y al ángelus nos llaman de anochecido.

Plazuela de las Monjas, rincón prendido
en los brillos y luces con que engalanas
el oro de tus piedras y tus ventanas
de un encanto inefable, desconocido...

Muchos son los pintores que te pintaron,
pues que invitas a sueños y fantasía,
muchos más los que, mudos, te contemplaron.

Pero sólo mi musa te cantaría
y del fondo del pecho que me punzaron
el altar de un soneto te ofrendaría.

AL CERRO DE LA CRUZ

Por la torpe vereda, cubierta de guijarros,
de un viejo camino de herradura,
del cerro de la Cruz llegué a su altura,
donde las nubes ofrecen mil desgarros;
y en la misma cumbre que el cerrucho hace,
deshecha en ruinas, una ermita yace.

Más al fondo, perdido en la hondonada,
un valle fértil, tranquilo, confiado,
donde brota profunda la enramada
tras dulce atardecer en la otoñada,
ya el fruto recogido, sazonado...

Todo son montañas del cerro en su contorno,
jorobas por más estrafalarias
que se elevan al cielo cual plegarias
puras al vicio y el soborno.

Y solas allí, pudriéndose en la altura,
rodeadas de tomillos y maleza,
cubiertas de aspereza,
del triste sino la expresión más dura,
las pobres ruinas de la que fue antaño
cuidada y limpia joya de ermitaño.

Nada le queda ya del recio brío,
del dorado esplendor que le adornara,

de su majestad y su albedrío,
de más de un penitente que llegara
buscando consuelo al desvarío
de su alma ruín, yerta de frío.

Y no alegra el sonar de toque alguno
por recio cimbaillo careado,
cual lengua de tribuno,
la cima de este cerro señalado,
ni se escuchan alegres esquilillas,
ni hay cánticos litúrgicos, ni sedas,
ni nadie se postra de rodillas,
que no hay ermita aquí, ni nada queda...

Solo está el cerro en pie, sin más decoro,
que lleva de la Cruz el nombre añejo,
cuando a esta tierra dominara el moro
y así le bautizara un hombre viejo.
Solo está el cerro en pie, triste, agobiado
tras el recuerdo que el pasado deja,
atalaya del valle del Corneja
que a su cerro al olvido ha condenado...

Una tarde que a la cima he ascendido,
cuántas cosas el cerro me ha contado,
del todo atribulado y abatido...

—Nada me queda ya, como bien dices,
ni nada, ¡ay!, de lo mortal espero,
¡oh necia vanidad de los felices!
que en risas y esplendor yo fui primero.

—¿Dónde se escucha ya que en lo guerrero
mi historia sea capítulo glorioso
de soldados sin par y valerosos?

—¿Ni quién recordará, tras el enredo
del mundo que todo lo trastoca,
de mi frondosidad y mi viñado,
solaz del espíritu y la boca?

—Y nada digamos, ¡ay!, de aquesta ermita
que un momento tan solo has evocado,
pues su ruina es puñal que me ha clavado
el desdén de mi valle y Piedrahíta.
En estas ruinas, sí, en que te hallas
estaba el Cristo que tenéis de las Batallas.

—Y ya puedes ver cómo termina
la risa del ayer y el alborozo,
tras de la dicha que mostrara el gozo
sólo desolación, desdén y ruinas...

* * *

Fui bajando del cerro, entristecido,
cuando la luz de la tarde declinaba;
en los Mártires volvíme, y he creído
que una ermita en su cumbre se elevaba.
No sé si fue verdad o lo soñaba...

A LA IGLESIA DE BONILLA

Con figura egregia y regalada,
como joya que asombra y maravilla
es esta vieja iglesia de Bonilla
entre cerros y encinas levantada.

Como joya en verdad, como soñada
presentida ilusión o pesadilla
del genio del ayer, sobre la arcilla
y lo fatuo del hoy todo algarada.

Así, solemne, grave y silenciosa,
al mundado vaivén indiferente,
ensimismada sigue y majestuosa.

Y así continuará, seguramente,
mientras el viento que abatió la rosa
la seguirá besando y obediente.



TIO GONZALO

Con el cuerpo encorvado del todo
y apoyado en dos viejas muletas,
cual tronchado, partido por medio,
aún trajina lo suyo y se esfuerza.

Si le vierais andar, casi a rastras,
atrofiadas del todo las piernas,
paso a paso, no más de una cuarta,
¡qué impresión os causara y qué pena!

Sin tener esperanza de cura,
ni esperanza de alivio siquiera,
que el reuma le quedó baldado
y en su vida acabada se ceba.

Aún se atreve a salir a la calle
y muy lejos marchar de su puerta,
y beber un vasillo de vino,
pocas veces que va, en la taberna,
pues ocurre, me contó una tarde,
que «un traguillo beber me consuela»...

Y aún se atreve, aquí lo admirable,
a marchar despacito a su huerta;
él solito la cuida y trabaja,
la mima y arregla,
la siembra de buenas lechugas,

de patatas hermosas y acelgas;
él solito prepara los surcos,
atocha cadenas,
selecciona y transplanta simientes,
estercola a su tiempo la tierra.

¡Todo a fuerza de horas y horas
y un esfuerzo inaudito que aterra,
pues no puede de pie sostenerse
y no puede marchar sin muletas!

Aún se atreve a hacer más, todavía,
pues se cuelga del cinto una cesta
donde pone un poquito de todo,
calculando la carga a sus fuerzas,
y se va por las calles vendiendo,
pregonando por todas las puertas...

Cuando todo lo tiene vendido
o se cansa de andar y dar vueltas
a su casa regresa a pasito,
sin saber cuánto tiempo invirtiera.

Y el dinero que habrá conseguido
a su vieja mujer hace entrega.

El que va por la plaza los martes,
que del pueblo mercado es la fecha,
le verá vendedor a sus años
muy pasados, me dijo, de ochenta,
en un puesto, que vendiendo todo
es difícil reunir diez pesetas.

Muchas veces aprieta el reuma
y en la cama clavado le queda,
y a este buen viejecito achacoso
a sufrir y esperar le condena,
esperar que el dolor se apiade
y le deje volver a la brega,
y le deje salir a la calle,

y marchar ¡más despacio! a la huerta,
y beber un vasillo de vino,
pocas veces, que va a la taberna.

Si le véis caminar, casi a rastras,
¡qué impresión os causara y qué pena!



GOYA

Con motivo de la inauguración, en nuestro Parque Municipal, del busto de Francisco de Goya realizado por Santiago de Santiago.

Este parque que véis y este paisaje,
cargados de luz y de hermosura,
que se enmarcan en petrea arquitectura
de un palacio ducal y su linaje.

Este ambiente emotivo, en homenaje
del genio universal de la pintura,
que llega a Piedrahíta en andadura
de su creatividad y su bagaje.

Con el busto de bronce, o de Carrara
que pudiera haber sido y su acomodo,
y otro artista genial nos cincelara

son, sin duda, diadema favorita
que al honrar al pintor de Fuendetodos
nos honramos con él en Piedrahíta...

NUESTRA PLAZA DE TOROS

Septiembre de 1948.

¡Ya está empezada la plaza!
Colocó su primera piedra,
entre enorme regocijo,
el señor Gómez Pereira.

Pronto será realidad,
como sueño del Corneja,
el tener plaza de toros
y dar corridas en ella.

Será una señora plaza,
casi cual la de las Ventas,
pues que por aquí las cosas
no nos gusta hacer a medias,
una plaza que valdrá
más del millón de pesetas.

¡Adiós a la plaza antigua
con tablones de madera!

¡Ay!, qué bonitos los toros
entre aromas de la sierra,
el paseo de las cuadrillas,
la emoción de la faena,
el trotar de las mulillas
con el toro sin orejas...

¡Ya está empezada la plaza,
que en el mundo todo llega!

Dirigieron la palabra
a la enorme concurrencia
don Abelardo —el alcalde—,
Miguel de la Fuente Atienza,
el señor Yangüas Messías,
el señor Gómez Pereira...

Una fecha memorable
para nuestra amada tierra,
cargada de grande historia
hidalga y caballeresca;
yo lo quiero consignar
como efeméride bella
que se conozca y difunda
y quede contancia de ella.

¡Que se ha empezado la plaza
para el valle del Corneja!

¡Que pronto tendremos toros
y no tan sólo en la Vega!

¡¡Que está empezada la plaza!!

¡¡Mil gracias, señor Pereira!!

MATILDE

Para Matilde Bonilla.

Alegre ruiseñor de la mañana
que en amplio soportal, a cielo abierto,
desgrana, como notas de un concierto,
la risa y su quehacer en buena gana.

De ameno conversar, de charla sana,
con Isaac, con Andrés o con Alberto,
a un gracejo sin par siempre despierto
que nos brinda al frescor de la fontana.

Agraciada y sencilla, en bata blanca
—símbolo de la paz en la bandera—,
simpática, locuaz, sonrisa franca

y con virtudes tales, que a cualquiera
le hubiera hecho feliz, de Salamanca
a los cerros distantes de Antequera...

CUANDO TE CUBRE LA NIEVE...

Inspirado en los sufridos serranos que, desde el otro lado de la sierra, venían casi a diario a vender en la villa sus cargas de calabones.

Peñanegra, Peñanegra,
cuando te cubre la nieve
dejas de ser Peñanegra
y en Peñaplata te vuelves.

Por estrecha vereda
varios serranos,
con su carga de leña,
marchan temprano.

Es fresca la mañana,
blanca la nieve
y blanca la zagala
que a mí me quiere.

En la memoria escritos
traen sus encargos.
¿Cuánto valdrá la leña
para comprarlos?

Por el valle la nieve
ya se ha deshecho,
pero no así mis penas
dentro del pecho.

En llegando a la cumbre,
por Peñanegra,
todo el valle a sus plantas
se les presenta.

¡Ay!, mis penas, penitas,
quién las pudiera
aventar cara al viento
de la pradera.

Arre, burrita, arre,
sigue ligera
que total, a dos pasos,
ya está Pesquera.

Que no, que no me lo explico,
ni nadie puede explicarlo,
que siendo el camino el mismo
resulta al volver más largo.

Recorrieron la villa,
ya está vendida
la carga de leña,
¡vuelta hacia arriba!

Cuando fui por la noche
me recibiste,
no te quité la cinta,
tú me la diste.

Pesquera otra vez..., el monte;
cuando coronen la sierra
y quieran llegar a casa
¡una, dos, miles de estrellas!

PESQUERA

Parece que sus viviendas
están pendiendo en el aire,
parece que son balcones
mirando a la misma calle,
algunas fueron tan bajas
que, sin tener que agacharse,
no se entraba por la puerta,
y es que había que resguardarse
de las nieves y los fríos
en los meses invernales;
en la cocina, encendidos,
los piornos humeantes...

El entorno de Pesquera,
edénico e incomparable,
se nos enmarca en el monte
de frondosos robledales
donde las huestes cristianas
habrían de juramentarse.
Tiene cerca El Martiniego,
Las Cerradas, Los Rollares,
y Peñanegra en lo alto,
dominando todo el valle
del Corneja,
exuberante...

El agua de su garganta,
corriendo entre peñascales,
va bordeando Pesquera
reducida de caudales,
pues no nieva como antaño,
ni hay los fuertes temporales
que hacían desbordar los ríos
y las regaderas madres.

Aun quedan calles, rincones
que a los tiempos inmutables
nos muestran mudos encantos
de portadas y portales,
como el rincón de Camilo,
que debiera conservarse.

De la fábrica quemada
no se acuerda casi nadie,
ni casi nadie recuerda
quién su fuego provocase,
¡es tanto lo que ha llovido
y tantos se nos ausentasen!

Sigue la escuela en lo alto,
solitaria, vigilante,
cerrada de la cultura,
sin niños ni acompañantes
y sin ecos de molinos
moldeando candeales,
que escalonados molían
por acequias y batanes.

Del pueblo de lavanderas
y leñadores audaces
—altos hombres espigados—
que antes de al tajo marcharse
se subieran a la sierra
para surtir de piornales
a los hornos de la villa,
y las tejeras distantes.

Ya nada nos va quedando;
ni leñadores con haces,
ni lavanderas sufridas
en las aguas invernales,
ni molinos maquileros,
ni molineras amables...
¡ni siquiera por San Blas
es la nieve preocupante!

Que la Pesquera actual
no es la Pesquera de antes.

Donde eran rollos, asfalto,
viviendas inmejorables,
un bar de lo más moderno,
y en las noches, por las calles,
un magnífico alumbrado
lo mismo que en las ciudades.

Que la Pesquera de hoy
no es la Pesquera de antes,
yo no sé si para bien
o será por nuestros males.

Desde luego a Piedrahíta
Pesquera es inolvidable...

NAVANCUERDA

*Una Navancuerda de 1940, hoy con buena carretera, luz,
alcantarillado...*

He pasado Piedrahíta
y adentrándome en la sierra,
entre jaras y barrancos,
entre tosca peñasquera,
he encontrado un pueblecito tan pequeño
que sus casas macilentas, silenciosas y reviejas
son, apenas, cuatro casas,
cuatro rústicas viviendas,
cuatro chozas escondidas
en la abrupta soledad de la maleza.

Me ha llevado un camino tortuoso,
entre grandes vericuetos y troneras,
un camino que se pierde, muchas veces,
esfumada del todo su vereda,
un camino de esos clásicos caminos lugareños
que tan sólo reconocen los nacidos de la sierra,
que aunque se halle recubierto por la nieve
o le arropen amarillas hojas secas,
no le extrañan un momento, no vacilan,
pues que nunca el buen serrano titubea.

He llegado en grave tarde del otoño,
cuando el sol, en el ocaso, se recrea,

el cerro de la Cruz frente por frente,
más cerca y a la espalda Peñanegra.

He cruzado sus calles, ¿calles, dije?
me ha mirado asombrada alguna vieja
y un perrazo, ladrándome, ha salido,
guardián en redil de las ovejas,
en tanto que penachos de humo denso
escapaban de extrañas chimeneas.

Yo no sé qué impresión me han producido
estas miséras viviendas,
apartadas de las grandes urbes,
a solas con Dios y la conciencia,
sin más ayuda que la propia ayuda
de sus escasas fuerzas,
entre el piélago ingente de peligros
de las noches oscuras de la sierra.

Yo no sé qué impresión me han producido,
qué extraña sensación en mí despiertan,
que me han llenado de emoción el alma,
que me han sabido a singular leyenda,
que me han quedado de estupor ahito,
pleno de admiración y de tristeza.

Aquí viven así cuatro familias,
igual que anacoretas,
dedicadas por entero a su trabajo,
sin prisa alguna, ni impaciencia,
sanos los pechos, como el viento sano
que los robles añosos zarandean,
tostada la tez al sol y el aire,
curtidas las manos en la brega,
esperando que los hijos se hagan hombres
y así el peso de la carga se relevan;
unas veces con risas o con llantos,
con cánticos alegres o problemas;
así viven, así, quizá felices
en este trajinar por la existencia...

Qué saben los hombres ambiciosos,
ruines de corazón y de creencias,
que provocan disputas y conflictos,
que arrastran a sus pueblos a las guerras,
de la inmensa bondad de estos parajes,
de su grandiosidad, de la pureza
que se transmiten cuantos aquí viven,
que nunca piden nada, que lo entregan,
que sólo aspiran a criar a sus hijos,
poder vivir en paz y así murieran...

* * *

He pasado Piedrahita,
más al sur, más en la sierra,
y entre jaras y barrancos,
entre tosca peñasquera,
he encontrado un pueblecito muy pequeño,
más pequeño... ¡Navancuerda!

EN TUS CUADROS ESTA...

Al pintor de Piedrahíta, Julio de la Calle.

Un soneto te voy a hacer, Julito,
que tu bello quehacer bien se merece:
pintor de la ilusión, cuanto acontece
en tu pintura está, cierto y bonito.

Praderas y color..., no necesito
airear tu madurez, pues me parece
que es todo claridades si amanece
y roca es tu montaña, y es granito.

¡Qué grande vocación toda tu obra
y qué tesón y fe tu aprendizaje!,
¡vivir para pintar es tu zozobra!

Hay vida y hay color en tu paisaje,
mas hay un corazón, que tal te sobra,
que en tus cuadros está, con tu coraje.

A GABRIEL Y GALAN

En el cincuentenario de su muerte.

Poeta singular de la alquería
y cantor en la tierra castellana
de la dulce quietud de la besana
y su agreste indomable serranía.

Si te admira en verdad la musa mía
que con flores silvestres se engalana,
cómo al aire volteada la campana
hoy, no hacer ostensible mi alegría.

Míranos junto a ti, con las mejores
galas de fieles ruiñeños
cantándote, poeta enamorado.

Mientras, fuera, el averno embravecido
de insensatos valores y engreído,
galopó desleal, huracanado...

OPERACION PIEDRAHITA

Para Fausto González.

Valiosa colección que absorto veo,
con paciencia y tesón acumulada
a un pasado que fue y ya no es nada
y es todo en el recuerdo y el deseo.

Valiosa colección, yo así lo creo,
que debiera guardarse, y enmarcada
pudiera ser principio o empezada
a sala municipal o edil museo.

Un recuerdo de aquí. De allí un legajo,
una pintura, un libro y... ¡un tesoro
casi sin darnos cuenta ni trabajo!

Podemos empezar, sin más porfías,
con esta selección, como de oro,
que Fausto propició en fotografías.

SANTA MARIA DEL BERROCAL

Asentado en la sierra de El Mirón
reseca y gris, y tan sedienta
que sueña encinas o pinares altos
do las aguas del cielo le atrajeran.

El valle del Corneja es, a sus plantas,
la alfombra verde que el paisaje muestra;
Navahermosa muy cerca le acompaña
y El Villar, no más lejos, le contempla.

Santa María del Berrocal, así enclavado
de tantos tiempos que perdió la cuenta,
va escribiendo una página en la historia
de actividad industrial, en consecuencia
de un espíritu trabajador y activo
que a sus hijos transmite como herencia.

Sus calles son amplias y son limpias,
cual es amplia y limpia su conciencia.

La iglesia parroquial, austera y grave,
bloque monumental de recia piedra.
Su Cristo yacente, extraordinario,
que devoción y amores le dispensan,
obra de un gran imaginero
que a Gregorio Fernández nos recuerda.

Y la plaza mayor, donde
los hombres del mañana juegan
y se baila y se canta en San Cristóbal
o en las noches alegres de las fiestas.

Poetas tuvo que cantarles hubieron
—Esculta y Abad en la presencia—
y grandes hombres que se le entregaron
aportando su vida a su grandeza,
y todos, y entre todos, le lograron
tal y cual es, sin que se puedan
comparar a Berrocal pueblos mayores
que demográficamente se parezcan,
con una flota de modernos coches
y su pujante, castellana, fuerza,
que, a veces, con tantos catalanes nombres
cualquiera los supone de esta tierra.

Santa María del Berrocal,
hogar de la ambulancia, en tal manera,
que por el suelo de la patria hispana
hombres de aqueste pueblo se dispersan
llevando de Berrocal el alto nombre
al más alto tremolar de la bandera.

Pueblo trabajador, ¡todo un ejemplo
de cuanto puede hacer quien no se arredra!

VIEJOS DE MI TIERRA

— I —

En el matrimonio, los dos viejecitos
¡qué felices eran!
él siempre achacoso
y achacosa ella.

Nada de suspiros porque en este mundo
todo sean problemas,
siempre igual de alegres,
con ganas de juerga
y un humor que no pocos jóvenes
para sí quisieran.

Y es lo que decían,
y yo les oyera
muchas veces que llegué a su casa
y entreabrí la puerta.

—Si nos dan lo mismo por vivir contentos
o vivir con pena,
es de ser muy torpes
penar a la fuerza...

No tuvieron hijos en el matrimonio,
no les conviniera,
pues no quiso el destino
que Dios les oyera

y el amor filial que quedó perdido
en ingrata espera,
se lo repartieron entre ellos solitos
y llegó a sobrarles para los de fuera.

Qué bueno el vejete
de dulce fachenda
y al decir de las gentes del pueblo,
qué buena la vieja.

No sé cuántos años llevaban casados,
pues hasta ellos mismos perdieron la cuenta,
tanto había llovido desde aquellos tiempos,
tanto transcurriera,
que cuando el vejete se ponía a evocarlos
le hacía la memoria muchas jugarretas...

Cómo disfrutaba contando, de entonces,
cosas y leyendas;
lanzaba la barra más que el mejor mozo
una cuarta y media,
jugaba a la calva y corría las cintas
con mucha destreza,
bailaba la jota como casi nadie
bailarla supiera
—esto los domingos y por los días grandes
después de Cuaresma—,
y si a la pelota decidían jugarse
la bota y merienda
—por frontón las doradas paredes
de la antigua Iglesia—
él nunca fue punto
que fácil perdiera.

Si hablaba de amores se ponía muy hueco
contando la historia y las zacapelas
con un mozo del pueblo cercano
«empeñado» en quererla,
cuando ella fue joven,
cuando había que verla

del todo reguapa,
por más peripuesta...

Y añadía muy serio, cual filosofando,
como antaño los viejos lo hicieran.
—Se casó conmigo porque estaba escrito
y me prefiriera,
y porque el cariño que la tuvo el otro
mal cariño era,
yo bien lo sabía del todo a «concencia»,
pues aquel que se llena la boca
y le gusta hablar por tabernas
estas cosas «cayás» del cariño,
profundas y serias,
no es posible, ni poco ni mucho,
que quiera de veras.
Porque estaba escrito se casó conmigo
y me prefiriera.

— II —

Todos en el pueblo
y del pueblo en redondo a dos leguas,
saben de este viejo
y de su experiencia.
Conoce del campo todos los secretos,
qué debe de hacerse y mejor convenga,
sin llegarse a marrar en un día,
donde apenas los trigos puntean,
cuándo habrán de tener recogida
de lograrse, con bien, la cosecha.

Todos a él recurren,
todos se aconsejan
con lo que él les dice,
todos le respetan...

Si podan las vides,
si fumigan a tiempo las cepas,

si aran el rastrojo,
si le dan otra vuelta a la tierra,
si echan más de un carro de abono
por cada fanega,
si esponjó el terruño,
si la sementera
principian sin cambiar la luna
o a que cambie esperan,
si arican o escardan,
si aguardan o siegan,
si pudren la paja
o de pienso sacar más pudieran,
si venden el grano, por si se agorgoja,
si guardan el vino o se les aceda...

¡Todo lo resuelve, pues de todo sabe
y aún saber le queda!...

— III —

¡Qué bueno el vejete
y que buena la esposa lo mismo de vieja!

Mujer de su casa,
juiciosa y honesta,
laboriosa, de iguales afanes
con que afana del polen la abeja,
recatada, sencilla, piadosa,
desprendida, agradable, dispuesta,
modelo en la casa, con rara sapiencia
que le hiciera encontrar muy sencillo
de una prenda rota lograr otra nueva,
o poder que, con sólo dos reales,
se pudiera alcanzar la peseta...

¡Cuán pocas mujeres
van quedando de éstas!

Empezaron sin bienes, ni apenas dinero
y alcanzaron reunir una hacienda
que era envidia de muchos extraños
y el orgullo de aquesta pareja.
La lograron a fuerza de ahorro,
de trabajo no más y paciencia,
grano a grano, lo mismo que el trigo
los silos anega,
como fruto de toda la vida
y afanosa entrega,
que una vida era entonces preciso
en reunir y juntar cuatro perras.
¡Qué bien se llevaban,
qué felices eran!

— IV —

Más llegó un mal día,
cual de todos aguarda la fecha,
y la viejecita al viejo achacoso
se le puso enferma.
Nada le siervieron los muchos potingues
de muchas recetas
que le extendió el médico,
ni «untás», ni consejos
de muchas vecinas
y de curanderas.

El pobre viejito se quedaba solo,
¡nadie lo impidiera!

Por la limpia estancia extendiose un halo
de dolor y pena;
gimió como un niño,
pareciole que el cielo se hundiera
y avejándose más, esa noche
se la pasó en vela...

Hace poco tiempo pasé por su casa
y entreabri la puerta,
y encontré al buen viejo por más trajinando,
con santa paciencia,
nada de suspiros porque en este mundo
todo sean problemas,
ni porque la vida nos flagele el alma,
ni porque el camino nuestra marcha hiera,
ni porque las hieles del dolor bebamos,
ni porque el destino nuestra dicha pierda...

¡Si nos dan lo mismo por vivir alegres
o vivir con pena!...

Qué sabio vejete
de dulce fachenda
—recios y sufridos
viejos de mi tierra—.

Sé que no me engaña cuando dice esto,
¡aunque está anhelando el marchar con ella!

A MARCIAL JESUS LOPEZ MORENO

Piedrahitense Catedrático de la Universidad Complutense, en su destacada intervención de la Semana Cultural de Piedrahíta 1988.

Esa afonía, Jesús, que nos abruma
y te impidiera hablar sin esforzarte,
tu innata sencillez para entregarte
a todos los demás, y sigue y suma.

Tanto fluir locuaz, o con la pluma,
consiguiendo embebernos y admirarte
y logrando, a la vez, que en escucharte
el tiempo en brevedad se nos consuma.

Todo en fin y de ti me enorgullece
en tan grande valer incomparable
que a la máxima cumbre te amanece.

Guárdanos tu amistad inestimable,
y quede para ti, si te parece,
mi verso sin valor, pero entrañable.



DEMETRIO

*Dotado de un oído excepcional para la música,
formaba parte de la Banda Municipal. Falleció
en 1975.*

Es el tonto más vivo y más ruidoso
que del mundo se tiene conocido;
es Demetrio, sin duda, el más querido,
de más fino saber y más gracioso.

Una vez que de fiestas, jubiloso,
en la villa cercana se ha perdido,
con música es Demetrio recibido
tras buscarle su pueblo presuroso.

Todo un rey de la flema y el dislate,
que lo mismo nos suelta un disparate
que te asombra cantando un estribillo.

Y, seguro, Demetrio se desboca
si en la banda le dices que no toca
o le pides, ¡ay Dios!, un cigarrillo.

AL CASTILLO DE EL MIRON

Para don Pedro Jaén.

Castillo de El Mirón,
nido de águilas,
a horcadas sobre dos provincias,
atento a su quehacer y vigilándolas.

El pueblo de El Mirón en torno tuyo
—polluelo agazapado bajo el ala—
sintiéndose a tu sombra protegido
al trabajo despunta en la mañana;
mirándote en lo alto con respeto,
añorando orgulloso tus hazañas,
sabiéndose impotente a tus dolores,
sufriendo contigo en la desgracia;
ayer fortaleza inexpugnable,
estratégico recinto de los Alba
y hoy, todo ruina y abandono,
un suspiro en la noche, alguna lágrima...

Castillo de El Mirón, viejo castillo
de maticanes y almenas forticadas
que en el señorío de Valdecorneja
con Barco, Piedrahíta y La Horcajada,
fuiste de su corona la esplendente
mejor piedra preciosa codiciada.

Aunque las ruinas te corroen
y se ven por los vientos azotadas,
y la desolación y la maleza
te son familiares y acompañan,
sigues dominando todo el valle
del Corneja, desperdigada
tienen muy cerca Malpartida,
divisas Piedrahíta en lotananza,
alcanzar Navaescorial y San Miguel,
y también, más distante, Villafranca;
si vuelves la vista hacia poniente
hasta configurar puedes Salamanca.

Castillo de El Mirón,
fortaleza entre rocas levantada,
tremendo mirador para la guerra
que has perdido la última batalla.

DIAZ CASTILLA

No levantes la voz, que no es preciso
para ver y admirar ensimismado
el tesoro pictórico enmarcado
del artista genial que así lo quiso.

No levantes la voz para el aviso
del hallazgo feliz ya consagrado
en un soto sereno y soleado,
donde brota el cantueso y el aliso.

Qué verdad emotiva, qué serena
honda serenidad en los colores
de un paisaje que al hombre le encadena.

Pleno de gravedad y resplandores
a su obra inmortal ya nada frena,
camino de la gloria y los honores...

YA NO RIMA TANTO...

Para Julio Nieto.

«Ya no rima tanto el vate Pacheco
en su Piedrahíta». Ya, semidormido,
junto con sus versos se nos ha perdido
del invierno crudo por el recoveco.

Ya no dice versos que repita el eco,
desde Peñanegra a El Mirón querido;
el estío fue largo y en el tiempo ido,
desolado y roto se quedó, y enteco.

Volverán las luces. Y la primavera.
Y la risa franca. Y la dulce espera.
Y en futuros tiempos, que serán mejores

aunque yo esté lejos de la grata cita,
surgirán más versos para Piedrahíta
de poetas nuevos y de trovadores.



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba



Excmo. Ayuntamiento de Piedrahíta

Inst. Gran
821